

IN MEMORIAM



Nada tan presente y, a la vez, tan ausente como la muerte. Tan presente porque nos acompaña por doquier, desde el estúpido descerebrado que apuñala a su pareja en el piso de enfrente, hasta los ocupantes del coche que nos precedía en la carretera el fin de semana anterior, pasando por las dantescas imágenes que nos sirven un día sí y otro también a la hora de la cena para “mantenernos informados”. Y, sin embargo, nada que pretendamos tan ausente y alejada de nuestras vidas. Nos esforzamos por esconder, por borrar de nuestra existencia a nuestra más fiel compañera de viaje y hacemos lo imposible por ignorar su presencia como si de un mal sueño se tratase; vivimos como si fuéramos a permanecer eternamente en este mundo aferrándonos a las cuatro cosas que aparentan darnos un efímero control sobre ella. Pero ahí aparece, sin avisar, a nuestro lado para recordarnos nuestra condición de provisionalidad, de caminantes, de peregrinos en busca de ese algo eterno que colme plenamente, y de una vez por todas, ese anhelo de felicidad; una búsqueda tantas veces iniciada y tantas veces errada.

Hace unos días mis hermanos y yo dimos el último adiós a nuestra anciana madre, tras largos meses de sufrimiento. Se fue como había vivido: con prisas - ¡qué impaciente ella! -y sin hacer ruido - mientras dormía. Ya no soy joven en edad, pero son muchas las emociones que se agolpan en la garganta y pugnan por salir disfrazadas de lágrimas silenciosas, mientras los recuerdos de tantas vivencias desfilan por mi mente como si rindieran su postrer homenaje. Estos últimos tiempos - casi tres años - lo hemos pasado mal, ella y nosotros. El sufrimiento ha sido intenso. En ocasiones, también nos hemos reído en medio de tanto dolor y de lo que sí puedo dar fe es de que ella ha conseguido arrancarnos lo mejor de nosotros mismos como si hubiera querido probarse a sí misma que su trabajo estaba bien hecho. El tiempo, decimos, pone las cosas en su sitio y en la

perspectiva correcta. Me he preguntado a mí mismo – a mis hermanos se lo he oído también –si hubo algo más que pudiera haber hecho por ella. Probablemente no. Nos quiso y la quisimos cada uno a su manera. El suyo ha sido un cariño austero, de pueblo, sin remilgos ni florituras, pero veraz, profundo, auténtico. Cariño sin muchos besos, de pocas palabras, de muchos hechos. Formas que escondían un amor profundo, como las primeras cenizas de la encina – entre las que se crió – esconden unas buenas brasas en su interior. Espero que con el paso del tiempo los buenos momentos se vayan superponiendo y eclipsando los otros más recientes, más amargos.

La vida continúa y seguimos caminando. Caminando hacia nuestro destino último, final de parada. Mejor y más inteligente hacerlo ligeros de equipaje –¡bendita justicia la de la muerte que nos iguala, por fin, a todos y no permite que nadie se lleve nada! – cargados únicamente con lo que realmente importa, aquello que sí podemos llevar: la mochila (alforjas, diría ella) de las buenas obras, del cariño, del amor verdadero, preparándonos para el reencuentro definitivo y poder fundirnos en un abrazo eterno. Buen viaje, mami. Espero que hayas llegado bien y puedas descansar al fin. Ve haciendo unos “güesillos” que ya los empiezo a echar en falta.



Hasta pronto. Un beso.

J.L.M. Morales